

GUIA
de
PRONUNCIACION
ESPAÑOLA

escrita a solicitud de la
Comisión Permanente de la Asociación
de Academias de la Lengua Española

por
Tomás Navarro Tomás

Editorial Jus
México
1956

INTRODUCCIÓN

LA PALABRA. Hablar es indudablemente el acto más maravilloso que el hombre realiza. Unos pocos sonidos producidos por la lengua y los labios forman una palabra que expresa una idea. Las combinaciones de poco más de dos docenas de tales sonidos bastan para formar todas las palabras que representan el conjunto de nuestros conocimientos. Ningún instrumento posee un registro de notas comparable con el infinito valor significativo de los sonidos del lenguaje. Una simple palabra de tres letras, *sol*, evoca la imagen del astro del día; otro sencillo vocablo, *mar*, encierra el concepto de la inmensidad de las aguas. No puede pensarse sin asombro en la virtud de este prodigioso sistema en que toda la experiencia del mundo puede manifestarse mediante el juego de un limitado número de vocales y consonantes.

Se habla de ordinario sin dedicar a este acto la atención y cuidado que su importancia requiere. “El hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra”, decía Juan Maragall. Hay personas que con perjuicio de su propio respeto y sin consideración al esfuerzo de quien les oye mascullan las palabras de manera confusa y oscura. Caen otros en el defecto de hablar con impulsiva e innecesaria rapidez, haciendo que la articulación resulte atropellada y borrosa. Se expresan algunos en frases entrecortadas e incompletas, reduciendo la explicación a un balbuceo de locuciones exclamativas. Causa dolor observar tales formas de descuido en una lengua ennoblecida por tantos siglos de historia y de cultura.

BUEN HABLAR. El modo de expresarse y en especial las condiciones de la pronunciación revelan no sólo el origen o naturaleza de cada persona sino también en gran parte la calidad de su carácter, el nivel de su cultura y el grado más o menos esmerado de su educación. Habla brusca, carácter rudo; pronunciación plebeya, educación relajada. Resume estos conceptos la máxima que dice: “A la campana, en el sonar, y al hombre, en el hablar”.

Se ha dicho que para los pueblos del Norte la palabra es una mera

necesidad, en tanto que para los del Sur constituye un arte y un deleite. En realidad para las gentes formadas dentro de la tradición española, la palabra, más que como un deleite se siente como una especie de culto en que el bien decir es inseparable del decoro personal. La calidad del lenguaje influye de manera esencial en la impresión que una persona produce. En igualdad de condiciones de conducta, la propiedad y corrección de la palabra es una poderosa recomendación.

UNIDAD DE LA LENGUA. Entre los idiomas románicos, el español es, de una parte, el que se habla en países más extensos, numerosos y diversos, y de otra, el que ofrece menos diferencias de carácter dialectal. Sabido es que el catalán y el gallego no son dialectos del castellano sino lenguas con propia y definida personalidad. Suele señalarse el papiamento de Curaçao como ejemplo excepcional de dialecto hispano-criollo. Aun en este caso conviene advertir que tal modalidad de lenguaje antillano no es de origen español; su fondo primitivo es el portugués deformado por las gentes de color venidas a América desde las colonias lusitanas del oeste de África.

Factores importantes que defienden la unidad de la lengua española en todos los países en que se habla son la claridad de sus vocales y la regularidad y precisión del acento de las palabras. Mantiene además la lengua con persistente firmeza el funcionamiento de sus accidentes morfológicos y sintácticos. Pero en el fondo el principal motivo de esta resistencia consiste, como queda indicado, en el sentimiento común por el cual el hablar incorrecto no se mira como accidental circunstancia o como mera deficiencia de instrucción gramatical sino como defecto básico de esencial educación.

PRONUNCIACIÓN Y ESCRITURA. Aunque la ortografía española sea relativamente más fonética que la de otros idiomas, es equivocada la opinión corriente de que nuestra lengua se pronuncia como se escribe. En unos casos el mismo sonido se representa con letras diferentes, como se ve, por ejemplo, en la *g* de *gente* y la *j* de *jefe*; otras veces la misma letra se emplea para significar sonidos distintos, según se observa comparando la *c* de *cana* y la de *cena*; por otra parte, letras como la *h* de *honor* o la *u* de *guerra* son menos restos de escritura tradicional a los cuales no corresponde ningún valor fonético.

Hasta en los casos de aparente ajuste entre la palabra hablada y la escrita, es necesario saber distinguir entre la movilidad articuladora del sonido y la regularidad y fijeza de la letra. Bajo determinadas circunstancias, la pronunciación de algunos sonidos ofrece modificaciones y variantes que aunque la escritura no las manifieste forman parte importante de la ortología del idioma. La composición de la palabra hablada es más viva y flexible que la

imagen con que se escribe. Hablar literalmente, con arreglo al estricto valor de los signos ortográficos altera el aspecto natural de la pronunciación con un pretendido purismo desusado e impropio. Es factor principalmente activo en la afectación del modo de hablar la exagerada idea respecto a la subordinación de la palabra a la escritura.

PRONUNCIACIÓN CORRECTA. En líneas generales la fonética de la lengua se ha guiado por las orientaciones de bien decir que recibió en Castilla donde tuvo su cuna. En ningún caso se ha tratado de un estrecho sistema de preceptos rígidos e invariables. Una justa conciencia del desarrollo del idioma ha ido dotando a tales normas de amplitud y flexibilidad. Desde hace tiempo el concepto de la pronunciación correcta transformó su antiguo sentido geográfico pasando a adquirir un valor puramente cultural. La encarnación de tal modelo no es privilegio de los naturales de ningún país de lengua española. Su posesión no se logra por el lugar en que se nace sino por la educación que se recibe. Su adecuada práctica, con ligeras discrepancias que el uso admite y excusa, se realiza con igual acierto entre las personas instruidas de España y América. Aludiendo a las diferencias de lenguaje entre las gentes de Toledo, según su grado de cultura, advertía Cervantes en un pasaje del *Quijote*: “El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos aunque hayan nacido en Majalahonda”.

DENOMINACIONES. La pronunciación correcta en el sentido señalado recibe también el nombre de pronunciación normal. Dentro de su forma espontánea y corriente se manifiesta con líneas más cuidadas en los actos públicos y académicos y con mayor soltura en el trato privado y familiar. Con la denominación de pronunciación afectada se designa el modo de expresión que resulta de un excesivo esmero en la articulación de los sonidos bajo la preocupación de la escritura. Se llama pronunciación vulgar a la que se oye de ordinario en el habla callejera de las ciudades y de manera general entre personas de deficiente instrucción. A la que tiene su dominio en la población iletrada o analfabeta de los medios rurales y campesinos se le denomina pronunciación rústica.

Señalar las formas vulgares y rústicas como materia impropia del buen hablar no significa menosprecio de su valor filológico. El estudio de sus caracteres y la delimitación de sus áreas constituyen el objeto propio de la **geografía lingüística**. En muchos casos las circunstancias de tales formas **ilustran** puntos importantes de la evolución de la lengua y de la historia de la región o país a que corresponden. Son material valioso para **recogerlo** en atlas y comentarlo en libros, no para emplearlo en el trato común. Como motivo de **discriminación** y competencia entre personas y **clases**, la escuela cumple

su misión esforzándose en corregir tales divergencias, en beneficio del individuo, de la cultura y del idioma.

LOCALIZACIÓN. Entre las modificaciones de pronunciación rechazadas por el uso normal, algunas pueden considerarse como extendidas por todos los países en que se habla español; otras sólo parecen existir en algunas regiones. No se posee información bastante completa para señalar los límites geográficos de los cambios relativos al segundo de los indicados grupos. Los intentos realizados en este sentido, aplicables especialmente al estudio dialectal, sólo han podido ofrecer hasta ahora líneas provisionales. Importa en la presente ocasión evitar el riesgo no tanto de incurrir en omisiones como de suscitar agravios con atribuciones injustificadas. Bastará al propósito de esta simple guía llamar la atención sobre las referidas irregularidades, dejando al lector la identificación de las que se hallen en las zonas que le sean más conocidas. El comentario de las causas a que obedecen en cada caso tales modificaciones, no siempre de clara y fácil interpretación, queda también fuera del propósito del presente trabajo.

V O C A L E S

CALIDAD. La impresión que el acento de una lengua produce depende en gran parte de la calidad o timbre de su material articulatorio y especialmente de sus vocales. Un hecho generalmente reconocido entre personas de experiencia lingüística es que el idioma español posee el sistema vocálico más sencillo entre las lenguas modernas. Los cinco sonidos básicos de tal sistema se dan en efecto en la pronunciación normal española con definida regularidad y precisión. En la construcción de lenguas simplificadas para uso internacional, es corriente adoptar las vocales españolas como prototipos generales de estos fonemas. Por sus peculiares circunstancias son asimismo señaladas como propia realización de los modelos teóricos que figuran en fonética con el valor de vocales puras o cardinales.

Merecen recordarse las opiniones de algunos extranjeros sobre la lengua española, fundadas especialmente en el efecto de las vocales. Refiere el norteamericano Hillard que en una asamblea celebrada en Roma donde se hablaron hasta unas sesenta lenguas distintas el español sobresalió por su sonoridad y belleza prosódicas. El filólogo sueco F. Wulff escribió que en su opinión la lengua española es la más sonora, armoniosa, elegante y expresiva entre los idiomas románicos. Con apreciación más extensa, el poliglota G. Borrow afirmó que el español es la lengua más sonora que existe. Tengamos

presente que la lengua es como es, no porque haya nacido de ese modo ni porque ella por sí misma haya adoptado o producido las cualidades que la distinguen, sino por el esfuerzo de los hombres que han elaborado y guiado tal manera de ser, y que por esto mismo podría cambiar de carácter y perder los méritos que se le reconocen si las gentes que hoy la hablan y las que la hablen después de ahora no le dedicasen el cultivo necesario para mantener esa condición.

A. No intervienen las cinco vocales en igual proporción en la composición de las palabras. A la cabeza de la escala de frecuencia de los sonidos españoles figura la vocal *a*. Ocurría en latín esta vocal en grado inferior a la *e* y a la *i*. Tampoco en francés, italiano, inglés ni alemán es la *a* el sonido más abundante. Acaso en la preferencia por la *a* aparte de la calidad del sonido mismo, influyó el fondo lingüístico indígena anterior a la romanización de la parte de España en que nació el castellano. El colombiano Antonio Caro hizo notar la observación del humanista Isaac Vossio, quien advirtiendo la abundancia en español de la vocal *a* y de los finales de palabra en *o* atribuía a estos sonidos la impresión de sonoridad y gravedad que esta lengua produce. De manera semejante, el cosmopolita Casanova consideraba que la clara resonancia que su oído admiraba en la pronunciación española residía en el destacado papel de la *a*, a la que llamaba reina de las letras.

Se caracteriza la *a* española por la articulación media y básica que le hace ser centro de equilibrio de todo el sistema vocálico. La propiedad de su sonido se manifiesta especialmente en palabras como *padre, tapa, cara, paso*. El habla normal admite una ligera velarización de este sonido en circunstancias como las que se dan en *causa, algo, bajo, baúl, ahora*. Por efecto de esta influencia, la *a* adquiere cierto matiz cálido, posterior y grave. Se manifiesta también tal efecto en ocasiones en que voluntariamente se da a la palabra un tono solemne y enfático. Fuera de estas circunstancias la indicada variedad de *a* posterior imprime a la pronunciación tosquedad y rudeza si se emplea de manera general, como sucede en el habla de algunos medios rurales.

En sentido opuesto, sectores relativamente extensos en centros ciudadanos se inclinan hacia una *a* más estrecha y anterior cuyo timbre se caracteriza por su efecto rasgado y frío. Sus manifestaciones suelen reforzarse en palabras como *calle, caña, despacho, bondad*. La presencia ordinaria de tal variante en sustitución de la *a* media desequilibra la plena resonancia que ésta presta a la pronunciación normal. Otras alteraciones de la *a* se refieren a influencias diversas que la han llevado a pasar por numerosos cambios e irregularidades en el habla vulgar y rústica:

1. *e* por *a*: albericoque, arrellenarse, espaviento, beile por baile, cenegal, ciénega, enpolla por ampolla, engina, estilla, feisán, fresada por frazada, memeluco, merchante, resguño, restojo, resurar, tesajo, tresquilar.
2. *i* por *a*: añadir, atribiliario, trigeria.
3. *o* por *a*: robadilla.
4. *u* por *a*: machucar, truje, trujieron.
5. Omisión de *a* inicial: cequia, lacena, rebato, zotea, zuela.
6. Omisión de la *a* en palabras en que va seguida por otra vocal: extrordinario, hijado, hogarse, horcar, horita por ahorita, horrar, islarse, mestro por maestro, zanoria por zanahoria, trer por traer.
7. Omisión de la *a* entre palabras: cuest'un peso, de aquí'ocho días, estab'esperando, la seman'entrante, l'escuela, l'iglesia, ochent'y cuatro.
8. Adición de *a* inicial: abajar, acepillar, afusilar, ajuntar, alimpiar, arrayar, atocar, etc.

E. El segundo lugar en el orden de capacidad acústica entre los sonidos españoles corresponde a la vocal *e*. La frecuencia con que la *e* se repite en la serie de las palabras está próxima a la de la *a*. Ambas vocales por sí solas representan en español casi la cuarta parte del conjunto de los sonidos comprendidos en cualquier composición en prosa o en verso. Son las dos notas que más se destacan en el efecto fónico de la lengua.

El timbre de la *e* en la pronunciación normal se define especialmente en palabras como *beso*, *cabeza*, *cadena*, *pelo*. Puede considerarse como realización del concepto teórico de la *e* media situada entre la *a* y la *i*, a igual distancia de una y otra. Adopta de ordinario una forma relativamente abierta, con cierta mayor inclinación hacia la *a* en condiciones como las que concurren en las palabras *guerra*, *remo*, *teja*, *cerca*, *ley*. En partes de Andalucía y de las Antillas se observa la tendencia a ensanchar más de lo ordinario la abertura articulatoria de la *e*. Es uno de los rasgos que más contribuyen a la semejanza entre el habla antillana y la andaluza. La tendencia contraria, a disminuir tal abertura, se advierte en diversos lugares de España y América. Es frecuente esta *e* apretada y estrecha entre mexicanos y argentinos.

En su calidad de sonido intermedio la *e* es empujada con frecuencia por las corrientes que actúan sobre el habla rústica y vulgar hacia alteraciones que en unos casos le hacen caer en los extremos representados por la *a* y la *i* y en otros la arrastran hasta la desaparición:

1. *a* por *e*: ambuste, antonces, antusiasmo, armitaño, asperar, barbi-

- quí, bruzas por bruces, chincha, harbolario, ~~lagaña~~ ~~lagueta~~ ~~bo~~teja, liendra, mantecato.
2. *i* por *e*: avichucho, cerimonia, cimenterio, confisión, chimiza ~~di~~cir, dispierto, dispués, invidia, intierro, miñique, procisión, ~~recuerdo~~, rigular, siguro, siñora, tiniente.
 3. *i* por *e* en los grupos *ea*, *eo*: campión, empiorar, gotiar, liatrad, lión, pasiar, peliar, priocuparse, rial, tiatro, voltiar. También *ai* por *ae*: cai, trai, maistro.
 4. *o* por *e*: chocozuela, estortor, musolina.
 5. *u* por *e*: confituría, ñublina por neblina.
 6. Omisión de *e* inicial: namorar, nebrar, nojar, noramala, 'n una casa, 'n un día.
 7. Omisión de *e* junto a otra vocal: cría por creía, vía por veía, frir por freír, rir por réir, d'acuerdo, s'acusa, nuev'y cuarto, le di'l peso, va pa'l pueblo.
 8. Adición de *e* interior: canguerejo, tíguere, habrá, saberemos, caerán.
 9. Adición de *e* final: baule, huéspedede, rede, relojede, sede por sed.

I. La proporción en que interviene la *i* en la lengua española es mucho menor que en otras lenguas. Su nota afilada y aguda parece no haber encontrado apoyo en las tendencias genéricas bajo cuya influencia se formó el romance de Castilla. Su frecuencia no alcanza ni a la mitad del volumen de la *a* o la *e*. Corresponde su sonido a la variedad media de una *i* no demasiado tensa y cerrada ni tampoco excesivamente floja y abierta. En el habla vulgar y rústica es sustituida en muchos casos por la *e*:

1. *e* por *i*: aflegido, cambear, centura, comelón, defunto, desgusto, desimular, devisar, endividuo, envitar, ensulto, escrebir, estituto, estrumento, letigio, melecina, melitar, ministro, mesmo, nenguno, prencipio, recibir, etc.
2. Adición de *i*: urnia, aigrio, verdioso.

O. Ocupa la *o* el tercer lugar, después de la *a* y la *e*, en la escala de frecuencia. Su efecto denso y cálido de vocal grave contrarresta la influencia de la palatal *e*. La suma de las tres vocales *a*, *e*, *o*, llena más del tercio del total fonológico de las palabras. El propio sonido medio de la *o* se manifiesta en palabras como *boca*, *moro*, *boda*, *lobo*. Presenta un grado de abertura algo mayor en las condiciones representadas por *torre*, *rosa*, *hoja*, *borla*, *costa*, *donde*, *hoy*. Se oye a veces como la *e* con sonido reforzadamente abierto en

zonas de Andalucía y de los países del Caribe. En otras partes, por el contrario, tiende a aumentar la oscuridad de su timbre posterior. Sufre gran número de cambios en los medios iletrados:

1. *a* por *o*: acupar, contraversia, parasismo, teléfano.
2. *e* por *o*: oscuro, erguloso, en:remetido, esternudar, hespital, precuador, pronunciar, rebusto, rétulo, revoletear, semos.
3. *u* por *o*: culumpio, curcusir, duminio, estufado, fichuría, gurrión, muchila, ucioso, umbligo, urzuelo, uvillo, puniendo, revolución, sustener, tubillo, quieras u no, cincú, pocu, nietu.
4. *u* por *o*: en grupos de vocales: almuada, tualla, cuete, pueta, herue, aura por ahora, tuito, tuavía, fideu, bacalau, soldau, vengu a ver, nu importa.
5. Omisión de la *o* ante *u*: com'un niño, cuand'uno quiere.

U. El nivel inferior de sonoridad entre las cinco vocales corresponde a la *u*. Es también la que tiene participación más reducida en la composición fonética de las palabras. La pronunciación vulgar, como se acaba de ver, apoya notoriamente a la *u* en su competencia con la *o*. Otros ejemplos que hoy sólo se oyen en el habla inculta, pero que en su mayor parte pertenecieron antiguamente a la lengua literaria, favorecen a la *o*:

1. *o* por *u*: acorrucar, boñuelo, cañotillo, cochara, coyontura, descubrir, mochacho, morciélago, mormullo, roleta, sepultura, suspender, sospirar, título.
2. *i* por *u*: ingüento, biñuelo además de boñuelo.
3. Adición de *u*: augua, gurunete, gurupera, indulugencia, leugua.

DIPTONGOS. Gran parte de las modificaciones que las palabras experimentan entre las clases incultas resultan de la pronunciación de los diptongos. El tipo de sílaba a que la lengua da preferencia es el que consta de una consonante seguida de una simple vocal. Se ha podido ver en las indicaciones anteriores la tendencia popular a acomodar los grupos de vocales a la condición monosilábica de los diptongos. Los diptongos mismos, por su parte, son elementos hasta cierto punto inestables. La presencia de dos vocales en la misma sílaba constituye una discordancia propicia en todo momento a desviaciones de la pronunciación iletrada.

1. *au*. De acuerdo con su evolución antigua se convierte a veces en *o*: onque por aunque, balostre por balaustre. En ocasiones se suprime

- una de las vocales: aunque, umentar. En lugares de Chile, de Colombia y de otros países la *u* se suele convertir en *b* o *g*: jabla por jaula, bablito por baulito, Abrora y Agrora por Aurora.
2. *ei*. Una modificación consiste en hacer la *e* casi como *a*: sais, vainte, raina. Otra más corriente suprime la *i* en los numerales: vente, ventidós, trenta, trentitrés.
 3. *eu*. Es frecuente su reducción en los nombres: Ugenio, Ufemia, Ulogio, Usebio, Uropa. A veces se oye como *o*: ocalito por eucaliptus, romatismo al lado de rumatismo.
 4. *ia, io*. En unos casos se suprime la *i*: manobrar, presidario, vidro; en otros se introduce erróneamente: confesionario, exiliado.
 5. *ie*. Se reduce en algunas palabras: mentras, cualquier, arresgar, diciséis; se le hace figurar por equivocación en otras: afrienta, entriegga, enriedo, dicientista. Abunda la confusión entre conciencia y concencia, diferencia y diferencia. En muchas partes se conserva el arcaísmo priesa.
 6. *ua*. La *a* es con frecuencia invadida y oscurecida por la influencia labiovelar de la *u*; suena como rasgo rústico. Sobrevive en algunos lugares el arcaísmo cuasi, desterrado, como priesa, del uso normal.
 7. *ue*. La *e* en este caso, como la *a* en *au*, suele oírse oscurecida excesivamente bajo la influencia de la *u*. Otro efecto vulgar es la adición de una *g*: güeso, güevo, güerto, güesped, alcagüete, cirgüela. Se reduce el diptongo en preba, tútano, pos, pus y pes.
 8. *ui, uo*. Sufren también reducción: fi, fimos, por fui, fuimos; mu bonito, mu grande, mostro, individo, irrespetoso, mortoria.

CANTIDAD. No se ajusta en todos los casos la duración de las vocales a una medida estrictamente uniforme. Por regla general, la vocal que recibe en cada palabra el apoyo del acento es perceptiblemente algo más larga que las inacentuadas. Una y otras además alargan o abrevian su duración según las circunstancias en que aparecen y sobre todo según el tono y temple en que se habla. Sin embargo, en la línea propia de la elocución normal, la desigualdad de duración entre las vocales es en realidad pequeña. Las acentuadas no pasan de un ligero alargamiento y las inacentuadas no se abrevian de manera excesiva. Teniendo en cuenta los contrastes que sobre este punto se observan en otras lenguas, se puede decir que por razón de la cantidad las vocales españolas son prácticamente medias, ni largas ni breves.

Es cierto que en el habla de algunas regiones se desnivela el indicado equilibrio. Existe en algunos de tales lugares la tendencia a prolongar las vocales acentuadas y a cantarlas con lenta y perezosa blandura. En las zonas de

lenguaje veloz, vocales y consonantes a la vez que se abrevian, fluyen indistintamente bajo formas borrosas y apagadas. Sin llegar a este punto la pronunciación habitual en otras partes incurre en irregularidades que atacan gravemente a la consistencia de las vocales inacentuadas. Los sonidos de esta especie interiores de palabra suelen reducirse en tal modo de pronunciación hasta resultar casi imperceptibles: ab^usar, limitar, policía, apr^us^urar, felⁱcitar. Bajo tal corriente las vocales finales, en los descensos de la voz seguidos de pausas, se convierten a veces en simples articulaciones mudas: noch', delant', ilusion's. La distinción de géneros se hace difícil en estos casos cuando la frase termina en palabras como cazador's, herman's, abuel's.

ACENTO. La tendencia tradicional de la lengua en el tratamiento de los grupos de vocales da preferencia a la colocación del apoyo del acento sobre la vocal más abierta y sonora. Traslados del acento etimológico debidos a tal tendencia ocurren con frecuencia en el habla normal en palabras como alveolo por alvéolo, oceano por océano, etiope por etiopo, cardíaco por cardiaco, periodo por período. Muy extendidos en la pronunciación rústica y vulgar y hasta entre los medios urbanos de algunas zonas se hallan los cambios de acentuación representados por áhi, máiz, páis, ráiz, bául, láud, créido, léido, óido. Por ultracorrección se suele decir, saúz, saúce, por sauce, y caúz, caúce, por cauce. En algunas comarcas rurales se oye siéntamos y siéntanos por sintamos, duérmamos y duérmanos por durmamos, cómpremos y cómprenos por compremos.

METÁTESIS DE VOCALES. Aunque con menos frecuencia que las consonantes, también las vocales cambian de lugar dentro de ciertas palabras en la conversación iletrada. De ordinario son las vocales *i*, *u*, como elementos de diptongo, las que realizan tales traslados: culeca por clueca, enjaguar, astauta, incensio, luenga por lengua, naide, niervo, riubarbo, suidad por ciudad.

C O N S O N A N T E S

RASGOS GENERALES. Aunque en la serie del alfabeto las letras consonantes son veintitrés, los fonemas que estas letras representan en la pronunciación española normal se reducen a diez y ocho, por causa del valor meramente gráfico de la *h* y de casos de representación duplicada como el de *k* y *q*. A pesar de su superioridad numérica, la proporción de las consonantes en el conjunto de la palabra es poco mayor que la de las vocales. Si el volumen de las consonantes sobresale con algún relieve en tal conjunto, las

vocales se destacan en cambio, no sólo por su natural sonoridad sino por la mayor firmeza de su articulación. La articulación de las consonantes resulta en español especialmente débil e insegura cuando se encuentran en posición final de sílaba. No pertenece el español a la clase de lenguas que admiten sin obstáculo y hasta con preferencia las sílabas recargadas de consonantes y terminadas con dos o más sonidos de esta especie. La mayor parte de las irregularidades que la pronunciación del español sufre en las clases iletradas son debidas a los cambios que resultan de la condición imprecisa y relajada de las consonantes finales.

B. Se emplea regularmente en la pronunciación normal bajo dos modalidades distintas. La primera de sonido pleno, con contacto completo de los labios, aparece en posición inicial de frase y detrás de *m*: *Buenos días, Bien dicho, Boda segura, tambor, embargo, sombra, lumbre*. La segunda, más blanda y suave, con aproximación de los labios sin cerrarlos por completo, se aplica a los demás casos: *lobo, escoba, cabra, árbol, esbelto, objeto*. La pronunciación resulta afectada y extraña si se usa en estos segundos casos el sonido cerrado de los primeros. En el habla iletrada la *b* sufre los siguientes cambios:

1. *g* por *b*: *güeno, agüelo, golver, gomitar, gofetón*.
2. *m* por *b*: *muñuelo, moñiga, merenjena, vagamundo, Menjamín*.
3. *p* por *b*: *apsoluto, apsurdo, opjeto, opstáculo, opsesión*.
4. Otros cambios: *ocjeto, ocsevar, ausoluto, arsurdo*.
5. Omisión: *esta'a* por *estaba*, *a'usar* por *abusar*, *tra'ajo*, *ta'urete*, *'ueno*, *'uey*, *tamién* por *también*.
6. Adición: *creíba, teníba, traíba, caramelo, lamber, lambón*.

C. Con las vocales *a*, *o*, *u*, la *c* se pronuncia del mismo modo que la *k*: *casa, loco, cura*. Igual sonido, un poco reducido y suavizado presenta cuando se halla en fin de sílaba: *activo, doctor, lección, técnica*. Pasa por varias deformaciones en el habla inculta:

1. *g* por *c*: *godorniz, gogote, garapacho, desgotado, chusgo, rengo*.
2. *r* por *c*: *dortor, tártica, efertivo, dortrina, lerción, arcidente*.
3. *p* por *c*: *direpto, optubre, atraptivo, inyepción*.
4. *i* por *c*: *caráiter, aspeito, correito, faiciones*.
5. *u* por *c*: *doutor, carauter, reuto, correuto*.
6. *z* por *c*: *efezto, reztor, conduzta, direzto*.
7. Asimilación: *dottor, táttica, efetto*.

8. Omisión: dotrina, dotor, otubre, lección, infección, conducción.
9. Ultracorrección: admistración, occéano.

Ante las vocales *e*, *i*, la *c* es tratada de la manera que se describe en el punto relativo a la pronunciación de la *z*.

CH. Consta el sonido común de la *ch* española de dos movimientos sucesivos de contacto y separación de la lengua respecto a la parte anterior del paladar. Los dos tiempos son igualmente breves. Cuando tal igualdad se desnivela, la *ch* adquiere un carácter más o menos desviado de su propio timbre. En algunas zonas españolas e hispanoamericanas, la pronunciación de esta consonante, por relajación del primero de los dos tiempos indicados, adquiere cierta semejanza con la de la *sh* inglesa: *noshe*, *osho*, *mushasho*. En otros lugares, la modificación consiste, por el contrario, en reforzar el contacto inicial a costa del segundo tiempo, con lo cual el sonido produce un efecto más recortado, a la vez que más blando y pastoso, como entre *t* y *k*. Una tercera variedad se caracteriza por su resonancia hueca y enfática sobre un fondo articulatorio próximo al de una *ts*: *notse*, *mutso*, *mutsatso*. Alrededor de estos tipos, otras modificaciones subrayan el papel de la *ch* entre los elementos que alteran la uniformidad de la pronunciación normal.

D. Del mismo modo que la *b*, la *d* encierra dos modalidades de distinto efecto fonético. La de articulación más plena y consistente, formada por el apoyo de la lengua contra los dientes superiores, se emplea cuando la *d* se halla en posición inicial de frase o precedida de *n* o *l*: *Dios lo quiera*, *Diez años más*, *tienda*, *bandera*, *falda*, *caldo*. La segunda variedad, reducida a un ligero e incompleto contacto de la lengua en el mismo lugar indicado, corresponde a la *d* en toda otra ocasión: *rueda*, *madera*, *orden*, *padre*, *virtud*. Uno de los rasgos que antes acusan el habla redicha y afectada consiste en confundir las dos pronunciaciones de la *d*, aplicando al citado tipo ligero y suave el mismo apoyo y contacto de la primera variedad. Por otra parte, son muchas las alteraciones que esta consonante experimenta en el habla vulgar y rústica:

1. *l* por *d*: admiración, almitir, alvertencia.
2. *r* por *d*: trageria, presirio, párparo, arvertir.
3. *g* por *d*: piegra, magrina, comagre.
4. *i* por *d*: Paire, compaire, lairón.
5. *z* por *d*: azmirar, azvertir, saluz, verdaz.
6. Omisión inicial: icir, esgarrar, esnudo, escalabrar.

7. Omisión interior: tuavía, meico, estao, deo, marío, to, na.
8. Omisión de dr: mae, pae, comae, compae.
9. Omisión final: huespe, cespe, salú, hermandá, usté.
10. Adición: perindola.
11. Ultracorrección: bacalado, corredo, vacido, tardido.

F. La pronunciación típica de la *f*, es la que se forma estrechando el labio inferior contra los dientes superiores. Interviene de ordinario cierta aproximación simultánea entre los dos labios. En muchas regiones de España y América esta aproximación de los labios desempeña papel predominante. Cuando esto ocurre, el sonido de la *f*, resulta relativamente abierto y aspirado. Si esta inclinación no es **refrenada**, la *f* deforma su propio carácter. En el habla rústica, suele oírse con el **sonido** flojo y relajado de una *j* aspirada: *junte, juerza, ajilar, jloreccer, injormar, jarol*.

G. Ante *a, o, u*, y en cualquier posición menos cuando precede a *e, i*, la *g* presenta, a semejanza de la *b* y la *d*, dos distintas modalidades fonéticas. Cuando figura en principio de frase o va precedida de *n*, su sonido se forma mediante la adherencia del dorso de la lengua contra la parte posterior del paladar: *Gracias a Dios, Guapa moza, Ganas de hablar, lengua, ninguno, engaño*. Fuera de estas circunstancias, su sonido, de efecto más blando y suave, resulta de una simple estrechez que no llega a la adherencia completa entre la lengua y el paladar en el mismo punto indicado: *laguna, alegre, largo, jilguero, digno, magnífico*. **Sufre también** modificaciones en el habla inculta:

1. *b* por *g*: abujero, **burrión**, bijarro.
2. *d* por *g*: bidornia por bigornia, sandijuela.
3. *c* por *g*: cocote, **cangrena**, lático, guitarra.
4. *j* por *g*: disjusto, **rasjar**, desjarrar.

El sonido de la *g* ante *e, i*, es el mismo que se describe al tratar de la *j*. En conjunto, las consonantes *b, d, g*, suman una elevada proporción en la escala de frecuencia de los sonidos. Su doble valor fonético, ajustado a las normas que rigen su empleo, constituye uno de los rasgos más característicos de la fonética española. **Bajo el efecto** de la pronunciación fuerte o enfática, los sonidos de las citadas consonantes se reducen a sus simples tipos cerrados.

H. Letra muda.

J. La articulación de la *j*, así como la de la *g* ante *e, i*, se forma en la

parte posterior de la boca, mediante una ligera aproximación de la lengua al velo del paladar. En partes de Castilla y Aragón, el roce del aire estrechado entre tales órganos se produce con excesiva violencia y aspereza. Por el contrario, en zonas del sur de España, en Canarias y de manera general en los países hispanoamericanos, la *j* se pronuncia como una simple aspiración que en ocasiones se debilita hasta desvanecerse y desaparecer. La pronunciación normal cultiva preferentemente una *j* de tipo intermedio que mantiene su carácter propio sin áspero reforzamiento ni vaga y borrosa relajación. El habla iletrada incurre con este motivo en varias confusiones:

1. *s* por *j*, arcaísmo: tiseras, silguero, Remisio, relós.
2. *f* por *j*, ultracorrección: fueves, funtos, refugio, feneral.
3. Omisión: mu'er, re'istrar, boti'o, be'uco.

K. Representa la *k* el mismo sonido que la *c* en *ca*, *co*, *cu*, y la *q* en *que*, *qui*.

L. A pesar de la claridad con que el característico sonido lateral de la *l* se distingue entre las demás consonantes, el habla iletrada, en zonas más o menos extensas, lo cambia y modifica de varias maneras:

1. *r* por *l*: mardito, arguno, cárculo, arquilé.
2. *ll* por *l*: familia, concillo.
3. *i* por *l*: gueivo, gueita, saigo, ei día, papéi.
4. Asimilación: goppe, sueddo, cuppa, pugga.
5. Omisión: animá, inuti, faci, faró.
6. Adición: alcíbar, aljedral, alvellana, melquetrefe.

LL. La propia pronunciación de la *ll*, con plena adherencia del dorso de la lengua al paladar, mantiene su tradición en la mayor parte de España y en zonas de Colombia, Chile y Argentina. Es empleada por muchos radiofonistas, la suelen practicar los maestros en los ejercicios de dictado y la conservan los poetas en las rimas. En la mayoría de los países hispanoamericanos, el habla general entre toda clase de personas aplica a la *ll* el mismo sonido de la *y*. Puede decirse que la pronunciación de la *ll*, con su pleno sonido o como *y*, no representa ninguna diferencia de carácter cultural. Al caer en tal identificación la *ll* acompaña a la *y* en los cambios que se hacen en el punto relativo a esta última. Por su parte la *ll* experimenta también otras modificaciones:

1. *y* por *ll*: caye, poyo, yave, yamar.

2. *l* por *ll*: melizo, pelizco, agua luvia.
3. *i* por *ll*: cueio, gaio, gaieta.
4. Omisión: poíto, gaína, estrea, botea.

M. La visible sencillez de la pronunciación de la *m* no impide que el habla iletrada cometa también en este punto varias confusiones:

1. *n* por *m*: estábanos, íbanos, manífero; se acepta corrientemente la sustitución en fin de palabra: máximun, álbun, harén.
2. *g* por *m*: alugno, calugnia.
3. *b* por *m*: baraña, embarañado, bembrillo, bimbrera.
4. Omisión: calunia, coluña, indenizar, solene.
5. Adición: Desmamparar, trompezón.

N. El sonido normal de la *n* se forma mediante el apoyo de la punta de la lengua en la línea inmediata a los dientes superiores: *nada*, *noble*, *mano*. Cuando es final de sílaba, la *n* se asimila de ordinario al punto de articulación de la consonante que le sigue; puede observarse, por ejemplo, el retroceso de la *n* al fondo de la boca en palabras como: *banco* o *monja*. Una práctica irregular extendida por varias regiones consiste en producir esta misma *n* velar en lugar del normal tipo anterior, envolviendo en su resonancia nasal a la vocal de la misma sílaba, cuando se halla en fin de frase, en palabras como *pan*, *refrán*, *razón*, *Juan*. En los medios populares pasa la *n* por otros varios cambios:

1. *d* por *n*: dengún, denguno.
2. *l* por *n*: balcarrota, mortalidad, salcochar.
3. *ñ* por *n*: cañuto, demoño, ñebla, ñeto, ñervo, ñudo, ñudillo, ñublar, opiñón.
4. Omisión: cospirar, istante, costancia.
5. Adición: cállensen, cuncilllas, chinchón, desnuncar, jeringonza, mendigante, muncho, naiden, perinfollo, sancristán.

Ñ. Por su escasa frecuencia y por no figurar en posición final de sílaba, la *ñ* se pronuncia regularmente con su ordinario sonido palatal.

P. Es invariable la *p* en su valor labial y cerrado cuando figura en posición inicial de sílaba: *padre*, *tropa*, *campo*. Se exceptúan palabras como *pneumonía*, *pneumático*, *psicología*, *psiquiatra*, las cuales generalmente se pronuncian sin *p*. En posición final de sílaba se produce esta consonante con

articulación reducida y atenuada: *aptitud, concepto, eclipse, recepción*. Cae en el habla iletrada en irregularidades semejantes a las señaladas con respecto a la *c* fuerte:

1. *c* por *p*: concecto cactura, séctimo.
2. *n* por *p*: concención.
3. *i* por *p*: conceito, preceito.
4. *u* por *p*: conceuto, preceuto, cáusula.
5. Omisión: conceto, conceción, autosia, eclise.

Q. Representa la *q*, como la *k*, el mismo sonido de la *c* fuerte.

R. La *r* sencilla es una de las consonantes que con más frecuencia aparecen en la sucesión de las palabras. Su leve y delicada articulación, formada por un rápido contacto de la punta de la lengua en la línea alveolar inmediata a los dientes superiores, es asimismo una de las que más fácilmente se deforman en el lenguaje descuidado. Algunas irregularidades de su pronunciación no se limitan solamente a los medios iletrados. En varios puntos sus modificaciones se entremezclan con las de la *l*:

1. *l* por *r*: pelegrino, cerebro, clema, clín, almario, espelma, duelme, puelta, helmano, dolmil.
2. *i* por *r*: taide, laigo, caine, cueipo, fueite.
3. *d* por *r*: disipela, ligedo, dinedo.
4. *n* por *r*: mejón.
5. *s* por *r*: sospresa.
6. Asimilación: gobiienno, cuedda, puetta, toppe.
7. Variedad asibilada mixta entre *r* y *s*: teners, comers, dolors, cuatrso, trsopa, trsigo, ministrso.
8. Omisión: madrassta, frustar, quies, quiea, míalo por míralo, mis-te por mire usted, pa por para, vení, poné.
9. Adición: armatostre, canastro, delante, escorcer, mostro, sangrijuela.

RR. En la pronunciación normal, la *rr* se caracteriza por la limpia y repetida vibración de la punta de la lengua en el mismo lugar en que se articula la *r* simple: *rosa, carro, torre*. Tres modificaciones principales alteran la propiedad y claridad de esta consonante:

1. Asibilación: El sonido vibrante es sustituido por una tensa y estre-

cha fricación asibilada: se oye en partes de Colombia, Chile, Argentina y en otros lugares.

2. Relajación: La *rr* se produce con articulación vacilante y relativamente abierta, sin vibración ni tensión: frecuente en todas partes en el habla individual.
3. Velarización: El sonido se forma en el fondo de la boca a la manera de la *rr* francesa: abundante en Puerto Rico y en otros lugares antillanos.

S. Después de las vocales *a*, *e*, *o*, el sonido que alcanza representación más abundante en español es la *s*. Su frecuencia es en parte debida al papel que le corresponde en la formación de los plurales. Su timbre influye en el conjunto del acento más que el de ninguna otra consonante. No se pronuncia de igual modo en todos los países de lengua española; sobre el mismo fondo sibilante, en unas zonas muestra cierto matiz palatal con mayor o menor inclinación hacia el tipo significado por la *sh* inglesa, en tanto que en otras aparece con blanda resonancia de efecto más o menos ceccoso. Resultan chocantes, por supuesto, las manifestaciones extremadas en uno u otro sentido. Los cambios que la *s* final experimenta en el habla inculta, extendidos en algunos casos a círculos más altos, son particularmente numerosos y variados:

1. *n* por *s*: dende, manque.
2. *r* por *s*: arcenso, derdeñar, fóforo, murlo, perpunte.
3. *j* por *s*: quije, quijo, quijiera.
4. *sh* por *s*: cashco, mashcar, moshca.
5. Aspiración: bohque, ehpada, pehtaña.
6. Asimilación: abippa, cacco, cretta, cinne, mimmo.
7. Fusión: refalón por resbalón, dijusto por disgusto.
8. Omisión: efuerzo, fóforo, efera, do, tre.
9. Adición: comprastes, vinistes, nadies, nuncas.

T. Con su articulación dental formada por el apoyo de la punta de la lengua contra los incisivos superiores, la *t* es la consonante de sonido más uniforme: *tabla*, *tiempo*, *arte*, *monte*. Se atenúa y abrevia de ordinario en posición final de sílaba: *atmósfera*, *aritmética*, *étnico*, *rítmico*: el habla normal no rechaza en estos casos que la *t* llegue a adquirir el sonido suave de la *d*. Se omite de ordinario en *ístmo*.

Dentro del uso normal, la pronunciación de *tl* entre vocales es practicada por unos con agrupación de las dos consonantes en la misma sílaba:

a-tlas, a-tleta, a-tlántico, y por otros con separación en sílabas distintas: *at-las, at-leta, at-léntico*. Con frecuencia en este segundo caso la *t* atenuada, como en los ejemplos anteriores, se oye también como *d*. El modelo del mexicano en palabras como *tlascalteca, tetzontle*, influye en la pronunciación en favor de la pronunciación del grupo en la misma sílaba. Ocurren algunos vulgarismos como *arismética, estrambólico* y *faldiguera* por faltriguera.

V. La pronunciación de la *v* en español es idéntica a la de la *b*. Se articula con contacto completo de los labios en posición inicial o precedida de *n*: *Virgen Santa, Verdad es, envidia, convidar*, y con los labios entreabiertos en cualquier otra posición: *nieve, uva, desvío, salvar, servir*. No hay evidencia de que la *v* labiodental, formada con estrechamiento del labio inferior contra el filo de los incisivos superiores, a la manera de la *v* francesa y valenciana, haya sido nunca un sonido propiamente español. Por mera preocupación ortográfica, muchas personas se esfuerzan en emplear tal sonido, contra la auténtica tradición del idioma. El hecho de distinguir entre *b* y *v* en la escritura es tan ajeno a la pronunciación como la distinción entre la *g* de *gente* y la *j* de *viaje* o entre la *c* de *cinco* y la *z* de *pereza*. Al contrario de lo corriente, la confusión en este caso no ocurre en los medios iletrados, que desconocen la *v*, sino entre las personas instruidas que se esfuerzan en pronunciarla.

X. Situada entre vocales o delante de *h*, se pronuncia normalmente como *gs* en la conversación ordinaria y como *ks* en lenguaje menos espontáneo: *examen, existencia, exhibir, exhalar*. Ante cualquier consonante que no sea la *h*, el valor más general de la *x* es el de una simple *s*: *estenso, espl:car, escluir*. Alteran esta práctica dos corrientes opuestas: de una parte en el habla vulgar la pronunciación de la *x* como *s* se extiende a la posición intervocálica y ante *h*: *esamen, esistencia, eshibir, eshalar*; de otra parte, en dicción deliberadamente esmerada, la *x* se pronuncia como *ks* ante consonante, a pesar del recargamiento articulatorio que resulta en casos como *ekspl:car, ekspresar*, etc. En *exacto* y *auxiliar*, la pronunciación de la *x* como *s* es usual y corriente sin nota de vulgarismo. En la partícula *ex*, por su propio sentido reticente, la *x* se oye de ordinario como *ks*: *exministro, exnovio, examigo*. La expresión presuntuosa suele dar lugar a errores como *expontáneo, excrúpulo, extricto, expurio*.

Y. En fin de palabra y como conjunción, la *y* equivale a la vocal *i*: *lcy, hoy, ver y callar*. Delante de vocal se pronuncia como propia consonante, formada entre el dorso de la lengua y la parte anterior del paladar: *mayo, saya, ayer*. La articulación se hace más apoyada y estrecha en posición inicial

de frase y después de *n* o *l*: *Ya veremos, Yo lo haré, inyección, el yerno*. En partes de la Argentina y en otros lugares se pronuncia la *y* con fuerte resonancia que imprime cierta aspereza a esta consonante, regularmente dulce y suave. En el habla vulgar y rústica experimenta otros cambios:

1. ñ por *y*: ñema, ñapa.
2. *ig* por *y*: haiga, vaiga, huiga.
3. Debilitación: maio, hoio, saia.
4. Omisión: maor, aer, túo, súo.
5. Adición: reyir, riyendo, bateya por batea.
6. Ultracorrección: tullo, sullo, aller, llo, lla.

Z. La *z* con las vocales *a*, *o*, *u*, o en fin de sílaba, y la *c* con *e*, *i*, se pronuncian en España, con excepción de parte de Andalucía, estrechando la punta de la lengua contra el filo de los dientes superiores: *rezar, mozo, cielo, decir*; en Canarias, en los países hispanoamericanos y en zonas de Andalucía se identifican con el sonido de la *s*: *resar, moso, sielo, desir*. Los dos modos de pronunciación alternan y conviven en igual nivel como formas reconocidas dentro del concepto del español normal. Algunos maestros hispanoamericanos practican en los dictados la distinción entre *c*, *z*, de una parte, y *s* de otra, a la manera castellana, para evitar la confusión entre palabra como *pozo* y *poso*, *cazar* y *casar*, *ciervo* y *siervo*, *cocido* y *cosido*, etc. La tradición de la poesía culta en todos los países de lengua española observa regularmente la indicada distinción en las rimas de los versos y no es raro entre los recitadores de cualquier procedencia mantener esta misma práctica.

METÁTESIS DE CONSONANTES. Ocurren en el habla iletrada trastrueques de consonantes entre las sílabas de las mismas palabras. La *r* es el sonido que más parte toma en estos cambios de lugar:

1. Metátesis de *r*: cabresto, cadabre, catredal, dentrífico, Grabiél, niervo, premiso, premitir, presignar, pretolio, probe, trempano.
2. Cambios de lugar de otras consonantes: demen, háblelen, siéntesen, plantufa, sastifacción.
3. Permutaciones: calcamar, empaderar, estógamo, gabazo, gurusapo, hamadera, mallugar, murciégalo, paderes, polvadera, redamar, redetir, redotar, retalar.

CONCLUSIÓN

La mayor parte de los casos de pronunciación incorrecta se refieren a modificaciones particulares de determinadas palabras. Algunas de estas formas fueron corrientes en el español antiguo; otras son resultado de cruces, influencias, cambios y confusiones entre los sonidos de cada vocablo o entre unos vocablos y otros. Sean de origen antiguo o moderno, estas irregularidades, unánimemente consideradas como expresiones rústicas o vulgares, viven al margen del habla normal y desaparecen tan pronto como se eleva el nivel de instrucción.

Otras alteraciones, relativas al modo de pronunciación de algunos sonidos, se manifiestan bajo formas menos concretas, influyen en círculos más extensos y ejercen acción más perturbadora. Las zonas en que concurren mayor número de estas divergencias, sin resistencia que las refrene, son las que sufren de pronunciación más deteriorada.

Sería pretensión ilusoria e inútil aspirar a someter a una disciplina uniforme la pronunciación de todas las gentes que hablan español. No puede pensarse en borrar discrepancias que arrastran en algunos casos un viejo fondo de tradición local ni en detener aquellos cambios que responden a la natural evolución de la lengua en su paso de unas generaciones a otras. Como antes se ha dicho, el concepto de la pronunciación correcta no significa la sujeción a un molde rígido e invariable, sino la adopción de una práctica que permite libertad de movimientos dentro de definidos límites.

Varias veces se ha aludido a esta condición en las observaciones anteriores. Se ha visto que alternan diversos matices en el timbre de las vocales entre personas de distintas procedencias. En el intercambio común, la distinción de *z-s* y la de *ll-y* conviven sencillamente con la confusión de esas mismas parejas de consonantes. Se admiten tipos de *s* que se diferencian notoriamente por su timbre y articulación. Cada uno según su origen pronuncia la *ch* con mayor o menor equilibrio entre los componentes de este sonido mixto. No se rechaza que la *f* fluctúe entre la articulación labiodental y la bilabial. Puede recorrer la *j* distintos grados entre la fricación y la aspiración. A estos y otros detalles se añaden multitud de delicadas variedades de tono, cantidad, tensión e intensidad que declaran el sello de la tierra nativa o reflejan el carácter personal, sin que en ningún caso provoquen extrañeza ni censura.

No es estorbo el marco de pronunciación normal para la función de la palabra en la expresión del modo de ser de cada individuo. En el plano del lenguaje corriente, la fina sensibilidad de los sonidos revela diferencias inconfundibles entre los profesores de una misma facultad, entre los empleados de

una misma empresa y hasta entre los miembros de una misma familia. Tan inmensa es la riqueza de recursos de la palabra, que dentro del mismo idioma no hay dos hombres que hablen exactamente de la misma manera.

Así pues, aparte de la obligada corrección del vulgarismo, se puede decir que, entre las recomendaciones que preceden, los puntos que requieren mayor atención, por referirse a corrientes o tendencias en desacuerdo con la historia de la lengua, con las cualidades que ésta ha cultivado y con el sentimiento general, cabe resumirlos de este modo: 1. Respecto a las vocales, importa sobre todo corregir la inclinación a abreviar, enmudecer o suprimir tales sonidos en posición inacentuada final o interior de palabra. 2. En lo que se refiere a la *s*, debe evitarse la relajación articulatoria que da lugar a que esta consonante se aspire, se transforme o se pierda en posición final de sílaba. 3. La *l* y la *r*, regularmente diferenciadas en principio de sílaba, no deben confundirse entre sí como sonidos finales. 4. Conviene tratar de restablecer el sonido ordinario de la *rr* vibrante en los lugares en que se le sustituye con la variedad gutural o asibilada. 5. Se debe asimismo reponer el fácil, flexible y suave sonido de la *y* normal en vez de la modalidad tensa y rechinante que se pronuncia en algunas regiones. 6. No es aconsejable insistir en el prurito puramente convencional de la pronunciación labiodental de la *v*, ajena a la tradición fonética de la lengua española.

Lo publica la Comisión Permanente en cumplimiento de la Resolución XX del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en México del 23 de abril al 6 de mayo de 1951.

*Acabóse de imprimir el día 8
de febrero de 1956, en los Ta-
lles de la Editorial Jus, S. A.
—Plaza de Abasolo No. 14—,
Col. Guerrero. México 3, D. F.*